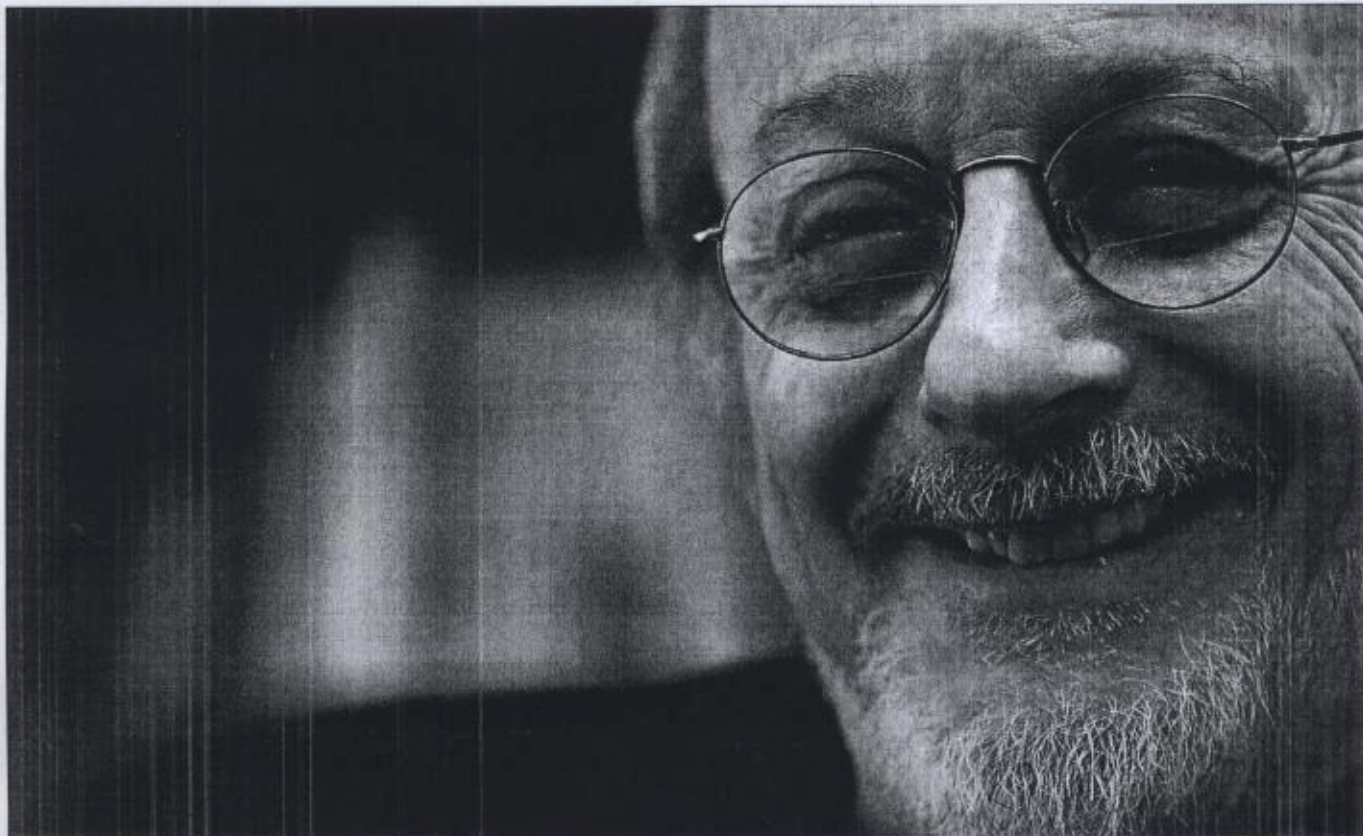


CULTURA



El escritor norteamericano E. L. Doctorow, una de las figuras señeras del panorama literario actual, quien publica en España 'Homer y Langley', / HARRY ALTAFFER / AP

E.L. DOCTOROW Novelista, autor de 'Homer y Langley'

Es uno de los grandes escritores de EEUU, que regresa con la historia de los hermanos Collyer, hallados sepultados por toneladas de basura en su acomodada casa de Nueva York. El autor de 'Ragtime' repasa para EL MUNDO su obra y analiza la política de su país

«Apenas me documento para que el peso de la historia no ponga grilletes a la narración»

CARLOS FRESNEDA / Nueva York
Doctorow nació en el Bronx, pero no es exactamente lo que se dice un escritor «de Nueva York». La ciudad aparece en algunos de sus clásicos (*Ragtime*, *Billy Bathgate*, *Ciudad de Dios*) y vuelve a emerger en su última novela, *Homer y Langley* (Roca Editorial), pero por alguna razón se difumina en el fondo, de la misma manera que se diluye la silueta de los rascacielos cuando va cayendo el telón de la noche sobre Central Park.

Por allí, en el Upper West Side, discurren las andanzas de Homer y Langley Collyer, que originalmente vivieron en Harlem y que se hicieron famosos por la chatarra acumulada en la casa donde vivían, bajo la que murieron literalmente aplastados. Los Collyer han formado parte de la mitología urbana durante el último medio siglo, y Doctorow los rescata ahora (el libro se pone a la venta mañana) como espejo cóncavo de la decadencia americana durante la era Bush, cuando fue escrito el libro.

El celebrado autor de *El libro de Daniel* y *La larga marcha*, dos veces Premio Nacional de la Crítica,

acomete a sus 79 años otro de sus vertiginosos ejercicios de imaginación histórica, escritor de muchas y muy diversas voces, huyendo siempre de los encasillamientos fáciles. Los críticos y su público fiel (entre ellos el presidente Obama) no le abandonan y le consideran como uno de los últimos grandes nombres de la literatura norteamericana del siglo XX.

«Fui lector de guiones de 'westerns' y eran tan malos que hice una parodia; así empecé»

Pregunta.— Obama ha dicho que sus escritores favoritos son Shakespeare y Doctorow, por este orden... ¿Cómo le hace sentirse?

Respuesta.— Me emociona mucho y le estoy muy agradecido, pero estaba dispuesto a votar por él de cualquier manera (risas).

P.— ¿Le ha invitado ya a la Casa Blanca?

R.— Aún no, aunque imagino que

me llegará el día. Bastante ocupado está de momento, con todos los problemas heredados de la era Bush: dos guerras, la crisis económica, el sistema financiero haciendo aguas, el paro por las nubes...

P.— ¿Cómo le ve como presidente?

R.— Estoy personalmente bastante a su izquierda. No entiendo ese empeño que ha mostrado durante meses por tender una mano a los republicanos, cuando está claro que no tienen ninguna voluntad de colaborar, que su único objetivo es hacerle caer lo antes posible.

P.— Elija usted a sus dos presidentes favoritos...

R.— Yo crecí con Roosevelt, que tomó también el país en una situación crítica durante la Gran Depresión. Los retos a los que se enfrentó fueron muy parecidos a los que tiene Obama, aunque la guerra en su día sirvió con catalizador. La guerra es siempre buena para la economía, o eso parece... Kennedy fue una bocanada de aire fresco; tuvimos la sensación de dejar atrás el viejo mundo de Eisenhower y Truman. Tengo cierto aprecio por Johnson, por lo que hizo por im-

pulsar los derechos civiles, pero la guerra de Vietnam empañó su mandato... Digamos que mis dos presidentes son Roosevelt y Barack Obama: todavía espero que se ponga algún día a la altura.

P.— ¿Y si tuviera que quedarse con los dos grandes escritores americanos del siglo XX?

R.— Dejémoslo en tres: Faulkner, Fitzgerald y Hemingway.

«Trabajé con Baldwin, Kennedy y Mailer; le aprecio como escritor, pero como persona...»

P.— Usted ha dicho que su única ambición ha sido escribir algo que pueda perdurar...

R.— ¿No es acaso la ambición de todos los escritores?

P.— De sus libros, ¿cuál cree que resistirá mejor el paso del tiempo?

R.— Empiezo a ver un cierto patrón en las preguntas (risas) Pero veo dónde quiere llegar. ¿Sabe lo que respondió Dickens cuando le

preguntaron por su libro predilecto? *David Copperfield*, por una sencilla razón: fue el más fácil de escribir... Ya en serio, cada libro es para mí una experiencia y es muy difícil ponerlos frente a frente. *Homer y Langley* es una narración lineal, y desde ese punto de vista es más fácil que, *El libro de Daniel* o *Ciudad de Dios*, que son más complejos y están concebidos más como ensamblajes.

P.— ¿Es cierto que su vocación de escritor surgió leyendo guiones de películas del Oeste?

R.— Bueno, la semilla creo que estaba plantada ya antes. Pero es cierto: en los años 50 trabajé como lector de guiones de westerns para un estudio de cine. La mayoría de ellos eran tan malos que decidí escribir una parodia en forma de relato corto. Se la enseñé a alguien y me recomendó que hiciera una novela con ese material, así que escribí «Capítulo Uno»... Así empieza la andadura de cualquier escritor. Lo que comenzó siendo una sátira se acabó convirtiendo una cosa seria: «Bienvenido a los tiempos difíciles».

P.— Luego vino su etapa como

editor ¿Cómo fue su relación con Norman Mailer?

R.- Me convertí en editor con Dial Press en los años 60, como una manera de apoyar mi trabajo. Y sí, tuve la suerte de trabajar con autores como James Baldwin, William Kennedy y por supuesto Norman Mailer. Le tuve un grandísimo aprecio como profesional: sus manuscritos eran impecables. Mailer se convirtió en mi amigo. Fue una relación larga y con altibajos, pero con el tiempo aprendí a apreciar en él dos personajes muy distintos: por una lado estaba la figura pública, que él mismo se esforzó en cultivar. Ahí tuvimos nuestros más y nuestros menos. Pero siempre le admiré como el gran profesional que era, y creo que el respeto fue mutuo.

P.- ¿Cuándo y cómo decidió dar usted su propio salto sin red?

R.- Fue con *El libro de Daniel*. Pronto me di cuenta de que necesitaba mi atención total, que no podía dedicarle la mitad de mi tiempo. Me ofrecieron un puesto en la Universidad de California y no lo dudé: lo empaquetamos todo en el coche y atravesamos el país de costa a costa. Adiós, Nueva York.

P.- *El libro de Daniel* fue su primera incursión histórica, a partir de las ejecuciones de Julius y Ethel Rosenberg por vender secretos nucleares a la Unión Soviética en plena Guerra Fría. Muchos críticos lo siguen considerando su libro más logrado, ¿acaso el más difícil?

R.- Lo difícil fue darme cuenta de que era Daniel quien tenía que contar su propia historia. Muchos de mis libros están escritos en primera persona porque hace la narración más personal, porque puedes proyectar a un personaje con su propia voz, que no es precisamente la tuya.

P.- ¿Cuál es realmente la voz de Edgar Lawrence Doctorow? Usted mismo ha confesado que huye de un estilo preconcebido...

R.- Cada libro tiene su propia voz: al escritor sólo le corresponde encontrarla. Si la voz de uno sobreesale demasiado puede ocurrirle lo que a ciertos escritores, que acaban escuchándose a sí mismos... Para mí, cada libro es una pequeña excitación que va creciendo. A veces es una voz cazada al vuelo, otras una imagen que se te queda clavada, como ocurrió en *Billy Bathgate*.

P.- Su última novela arranca con una voz muy reconocible: «Soy

Entre Auster, Roth y Thomas Pynchon

JOSÉ ANTONIO GURPEGUI

Edgar Lawrence Doctorow (Nueva York, 1931) es uno de los autores de culto en las letras norteamericanas. El inicial nombre de Edgar, debido a la admiración que su padre sentía por Edgar Allan Poe, ya presagiaba su futuro en el mundo de las letras pues, como Poe, Doctorow también es un inconformista, un *enfant terrible* irreverente con inquietudes artísticas poco habituales. En *El libro de Daniel* (1971), uno de sus primeros títulos, se perfila de forma nítida lo que será su narrativa: una lograda simbiosis de los principios posmodernistas y la narrativa histórica, convenientemente trasgreída, y bien aderezados con su correspondiente dosis de ácida crítica social.

El modelo -que no fórmula- volverá a repetirse en su obra más emblemática y popular, *Ragtime* (1975), y alcanzará su máxima expresión en *Ciudad de Dios* (2000) y su reciente *La larga marcha* (2005). Y sin embargo todas las novelas de Doctorow nos parecen distintas, nuevas, incluso escritas por distintos autores, porque el punto de vista, el prisma con el que se aproxima a la realidad social y al hecho literario siempre tiene algo de novedoso en cada nueva entrega. Para algunos Doctorow, como Paul Auster, es quien mejor ha descrito la vi-

da neoyorquina, pero entiendo que poco tienen que ver entre sí por más que ambos utilicen idéntico espacio narrativo, pues Nueva York, en la pluma de Doctorow -nacido y crecido en el Bronx- es más una fiel representación de la heterogeneidad del mundo que la gran urbe norteamericana. Algo similar se plantea al compararlo con el tercer judío del triunvirato, Philip Roth, el cirujano por antonomasia de la sociedad estadounidense.

Doctorow, a diferencia de Roth y gracias a la retrospectiva proyección histórica de sus argumentos, logra trascender la propia trama obligándonos a plantearnos todo un universo de interrogantes que van más allá de la puntual evolución de sus personajes. La historia funciona como el telón de fondo, el necesario referente para plantear una serie de cuestiones que van más allá del propio acontecimiento histórico, ya sea la música *ragtime* en la novela del mismo título, o la Guerra Civil norteamericana en *La larga marcha*.

Tal vez el enigmático Thomas Pynchon (estoy pensando en *Gravity's Rainbow* y especialmente en *Mason & Dixon*), sea el narrador a quien más se aproxime formal y conceptualmente. La suya es una literatura descarnada, a sangre viva, y sin concesiones para los lectores. La realidad y la ficción, de acuerdo a los principios y preceptos de la más pura ortodoxia posmodernista, pierden sus cualidades diferenciadoras; ahora la improvisación, como hacen los buenos músicos de *ragtime*, parece surgir de forma natural y espontánea aunque el minucioso análisis desvele que se trata de algo minuciosamente estudiado.

Toneladas de basura en casa

C. FRESNEDA

Nueva York

Los cadáveres de Homer y Langley Collyer fueron encontrados en avanzado estado de descomposición el 8 de abril de 1947 en la residencia que heredaron de sus padres -un famoso ginecólogo y una cantante de ópera- en un barrio residencial de Harlem. Langley murió aplastado por una avalancha de chatarra acumulada en el salón de la casa. Homer, ciego y parálítico, falleció de inanición a los pocos días.

Los hermanos Collyer fueron acumulando durante décadas hasta 130 toneladas de basura en la residencia familiar, donde llevaron una vida a medio camino entre el excéntrico y el lujo oriental, hasta que los problemas de salud y los achaques de la edad les fueron sumiendo en la decadencia absoluta.

Pistolas, candelabros, bicicletas oxidadas, colchones, coches, clavicordios, violines, banjos, posters de 'pinup girls', más de 25.000 libros y montañas de periódicos

mohosos fueron 'rescatados' de la mansión. Montañas de basuras se apilaban por doquier. El tejado y las paredes estaban empujando a ceder. En el sótano tenían incluso el motor de un Ford T que llegaron a usar como generador hasta que se averió y contribuyó aún más a la ruina general.

Doctorow tenía entonces 16 años, y recuerda el impacto que el suceso tuvo en la prensa y en la conciencia de los neoyorquinos durante más de una década. Su madre llegó a

usar la palabra 'collyer' para referirse al desorden del hijo adolescente que tenía su habitación como una auténtica 'leonera'...

«La leyenda aún perdura», recalca Doctorow. «Hace poco lei en público un capítulo de la novela y al final del acto se me acercó un bombero y me contó una confidencia: '¿Sabe usted cómo llamamos en los incendios a las casas atestadas de trastos?'. No me hizo falta echarle mucha imaginación: 'Collyer'. Sesenta años después, Homer y Langley siguen vivos en el código de los bomberos de Nueva York».

Homer, el hermano ciego...

R.- Digamos que el principio de la novela fue la voz. Cuando escribí esa frase me di cuenta: ha llegado la hora de contar la vieja historia de los hermanos Collyer, pero de contarla a mi manera. No con rigor histórico, sino permitiéndome todo tipo de licencias, como trasla-

dar su residencia 50 manzanas hacia el sur y darle 30 años más de vida, por ejemplo. No he tenido la necesidad de tirar de hemeroteca; he preferido recurrir a mis recuerdos.

P.- ¿Huye usted a conciencia del rigor histórico cuando escribe?

R.- No exactamente. Procuero no

documentarme en exceso para que el peso de la historia no acabe poniéndole los grilletes a la narración. La imaginación no va a volar si está muy condicionada. Yo prefiero documentarme por el camino, para corroborar algo que ocurre en la novela o en caso de duda. En *La larga marcha*, mi libro más docu-

mentado, tampoco me propuse hacer una fotografía del general Sherman; en todo caso un retrato, con las licencias que podría tomar cualquier retratista.

P.- Hay quienes llaman a sus libros «fantasías históricas», ¿le molesta el cliché?

R.- Pueden llamarlo como quieran. Desde luego no son novelas históricas en el sentido estricto. En *Ragtime*, los personajes como Houdini, J.P. Morgan o la anarquista Emma Goldman aparecen muy libremente para poner la historia en contexto.

P.- ¿Cuál es la función exacta del tiempo en sus novelas?

R.- Usted lo ha dicho: el tiempo cumple una función, que es la de sustituir a la sensación de espacio... Quizás tiene algo que ver con el hecho de haber nacido y vivir en una ciudad como ésta: es muy difícil ser original escribiendo sobre Nueva York. Miles de escritores lo han intentado, y muy pocos con éxito. Yo he decidido renunciar de alguna manera a Nueva York como identidad literaria y he buscado siempre acotar mis novelas en una franja muy clara y muy visible de tiempo.

P.- En *Homer y Langley*, sin embargo, la ciudad está siempre ahí...

R.- Pero lo está de una manera muy fugaz. En cierto modo, me planteé la narración como si fuera una *road novel*: los hermanos emprenden un viaje en el tiempo que llega hasta la década de los 70, y es como si la carretera de la historia viniera hacia ellos y atravesara su casa desastrosa. El libro está controlado por la conversación entre los dos hermanos; hasta cierto punto es como si hubieran emprendido un viaje sin moverse del sitio, y fueran hablando por el camino.

P.- ¿*Homer y Langley* es una metáfora de la decadencia americana?

R.- Yo no iría tan lejos, aunque cuando uno escribe un libro no sabe muy bien hacia dónde le lleva. A veces, un pone tanta atención en la frase y en el momento que no tiene una noción del conjunto hasta que llega a final. Y sí, reconozco que este libro fue escrito durante la era Bush, y que pesó mucho la sensación de que el mundo se estaba derrumbando a nuestro alrededor. La idea de la entropía se fue apoderando de mí tal vez de una manera inconsciente.